



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

www.ceid.edu.ar - admin@ceid.edu.ar
Buenos Aires, Argentina

PENSAMIENTO ESTRATÉGICO: DON DEL ESTADISTA

10/12/2010



*Agustín Saavedra Weise**

eldeber.com.bo

Tomada de *El Deber*, Santa Cruz de la Sierra - Bolivia¹

Al pensamiento estratégico se lo define genéricamente como el curso de acción que resulta de un estimado de la situación global. Es una especie de visión de largo alcance. Ello implica el establecimiento planificado de un conjunto amplio de cosas por hacer y con márgenes alternativos de flexibilidad, de forma tal que en el marco del pensamiento estratégico se vayan encajando determinadas variables (controlables y no controlables) que, a su vez, provocarán pautas de acción en los campos militar, diplomático, psicológico, o en otras medidas y decisiones que puedan eventualmente llevarse a cabo. Se trata, en síntesis, de pensar en grande, algo que parece haber sido olvidado o dejado de lado por quienes lo consideran 'pasado de moda'. Nada de eso, el pensamiento estratégico en términos de vastos horizontes sigue siendo el instrumento básico de todo estadista o de

* Ex canciller, economista y politólogo, www.agustinsaavedraweise.com

¹ <http://www.eldeber.com.bo/2010/2010-12-10/vemotacolumnistas.php?id=101210003849>

quien aspire seriamente a serlo. El ámbito comentado no se restringe ni a la política ni a la fase militar; puede darse también en empresas y en negocios diversos, incluso en la propia lucha permanente por la superación personal.

Como muy bien señaló Henry Kissinger en su magistral obra *Un mundo restaurado* (FCE, México), todo estadista debe tratar de conciliar lo que se considera justo con lo que se considera posible. Lo justo depende de la estructura interna de cada Estado y lo posible depende de los recursos, de la posición geográfica y de varios factores más. La medida del equilibrio del pensamiento estratégico del verdadero estadista es la que a la larga lo pondrá en un lugar destacado de la historia. Si intenta ser conquistador o profeta, podrá tener destellos populistas y hasta momentos de gloria, pero su obra –tarde o temprano– se derrumbará sin dejar mayores huellas. Lo efímero es siempre de corto aliento.

El mundo está inundado con el paso de conquistadores y profetas de toda laya. Algunos dejaron su marca, otros ya ni siquiera son recordados. Los grandes estadistas, aunque no hayan sido populares en su tiempo o hubieran tenido momentos muy difíciles, surgen nítidamente en el campo histórico como seres que forjaron parte esencial del rumbo de la humanidad, defendieron a sus países, los mantuvieron unidos, superaron injusticias e hicieron crecer a sus naciones incrementando su potencial y viabilidad. Hombres de la talla de Lincoln, Roosevelt, Churchill, Metternich, San Martín, Bolívar, Mandela y otros, que por falta de espacio no nombramos, no pasaron en vano por el umbral grande: han dejado su sello para siempre mediante acciones concretas. Y tales acciones nunca habrían podido ser ejecutadas si estos extraordinarios seres no hubieran tenido el privilegio de contar con un pensamiento estratégico, con un sentido de dimensión panorámica que les permitió prever problemas, como también programar la mejor manera táctica de enfrentarlos y resolverlos para obtener resultados acordes con la estrategia definida. El conquistador conquista y pocas veces perdura. El profeta predica, tiene carisma, tal vez hasta arrastre multitudes en cierto momento, pero también su estela es fugaz. Los resultados de ambos casi siempre terminan siendo nulos o negativos. A la larga, el estadista visionario es el que sobresale.

Resulta más atractivo –y tentador– conquistar o profetizar. El ser estadista implica sacrificios y renunciaciones, no es algo fácil. Pero la diferencia cualitativa al final resulta ser concluyente: el estadista hace Estado; los aspirantes a profetas y conquistadores lo destruyen o lo debilitan una vez superado su breve momento de auge. Así ha sido, así será.